

## M U S I C A C L A S I C A

ENRIQUE RIVERA

SYS 9145 20

A PROPOSITO  
DE UN JUBILEO

**E**n septiembre del año pasado, al recordar el centenario del nacimiento de Pedro Humberto Allende, expuse algunas inquietudes con respecto a la situación actual de la música artística chilena, y me adentré en ciertas razones que pudieran explicar el estado de postración y decadencia en que, a mi juicio, se encuentra desde hace tiempo.

Esta vez vuelvo sobre el tema, pero no por una particular inclinación a tratar los asuntos locales sólo en el mes de la Patria, sino porque una institución como la Asociación Nacional de Compositores está de fiesta, y es preciso decir algunas palabras al respecto.

El máximo organismo de los compositores chilenos cumplió cincuenta años de vida el 8 de agosto recién pasado. Unas pocas menciones en los medios de comunicación, algún acto académico, discursos de rigor, saludos de estilo y un par de conciertos ceremoniales (para no olvidar que, al fin y al cabo, la materia y el fondo de esta celebración era la música y no las palabras), habrán constituido la médula de los homenajes. Un jubileo que, más allá de estos festejos, se irá rápidamente de la memoria por la sencilla razón de que la música artística chilena ha dejado de tener una real gravitación en la vida cultural del país, y su exiguo quehacer concita hoy, por desgracia, el interés y la atención de muy poca gente.

No culpo directamente a la actual directiva de la Asociación Nacional de Compositores por esta situación, a pesar de que, habiendo sido ya tres veces reelegida desde 1979, ha contado con bastante tiempo como para impulsar iniciativas reactivadoras o, cuando menos, haber expresado su preocupación por este prolongado "apagón" musical.

Si uno se atiene a ejemplos conocidos, no debería asignar una excesiva importancia a estas asociaciones gremiales de creadores, ni confiar demasiado en su capacidad de modificar sensiblemente los derroteros históricos de una determinada disciplina artística. Por lo general, la literatura, la plástica, la música de un país—al menos sus manifestaciones más significativas— se hacen al margen de estos organismos, pues



■ **Pedro Humberto Allende** (1885-1959), primer presidente de la Asociación Nacional de Compositores de Chile.

ellas siguen siendo el producto de actos individuales, solitarios, ajenos al influjo de cofradías o al beneficio que supone el espíritu de grupo. Más aún: los buenos artistas suelen rechazar el carácter burocrático y hasta pseudoacadémico que habitualmente se desarrolla en muchas de estas asociaciones y, también, las inevitables tendencias autorreferentes que se producen entre sus miembros. Pero no se oponen, por supuesto, a todo lo positivo que pueda venir de ellas y que, de verdad, fomente y estimule la creación artística, al margen de cualquier consideración o restricción.

**E**n lo que atañe a la Asociación Nacional de Compositores, sus cincuenta años de vida la muestran con los inevitables altibajos de toda institución humana. Ha sido fecunda y estéril, activa y pasiva, representativa y excluyente. Pero, a pesar de todo, continúa siendo una instancia importante para el desarrollo de la vida musical chilena, tanto por lo que haga como por lo que deje de hacer.

Si bien la Asociación es una entidad independiente, gran parte de su peso emana de la circunstancia de haber estado siempre muy cerca de la Universidad de Chile, ya que muchos de sus directivos han sido, simultáneamente, autoridades o pro-

fesores de la Corporación.

La Universidad de Chile, a través de una Facultad que ha tenido diferentes nombres en el curso de medio siglo, ha sido el espíritu rector de la música artística en nuestro país y la principal impulsora de iniciativas a favor de la creación musical. Por diversas razones—y no sólo presupuestarias—, esta tuición se ha desdibujado penosamente en los últimos años, arrastrando en su decadencia una parte significativa del quehacer musical chileno, incluido el que es propio de la Asociación Nacional de Compositores. El hecho de que uno de sus actuales directores se haya desempeñado paralelamente hasta hace muy poco, y durante largo tiempo, como Vicedecano de la Facultad, ni siquiera parece haber favorecido de manera especial a la Asociación y al logro de sus objetivos más preciados.

Y que me disculpe Juan Amenábar por esta alusión tan directa, pero no hay en mis palabras un ánimo de ataque personal sino una intención crítica que va más lejos, y que apunta a toda una gestión académica, a toda una forma de ver la cosa artística, a toda una manera de determinar políticas y asignar prioridades en este sector tan desmedrado de la cultura. En lo que respecta a la creación musical, hoy se compone menos que nunca en Chile y se estimula menos que nunca a los compositores. Ello no puede ser un motivo de orgullo para la Asociación Nacional de Compositores al cumplir cincuenta años de vida, por lo mismo, en estos días de aniversario, me hubiera gustado conocer de sus directivos declaraciones más próximas a esa evidencia y menos complacientes por la labor realizada en el último tiempo.

Sería bueno mirar hacia atrás, a los objetivos que se trazara la Asociación en los días en que la presidía por primera vez Pedro Humberto Allende; a lo que dejaron iniciativas como los festivales bienales de música chilena; a lo que significaba ese fondo llamado *premios por obra*, que retribuía económicamente a los compositores por el sólo hecho de escribir música. Tal vez se encuentre en esas y otras realizaciones más de alguna idea acertada para sacar a la música artística chilena de su actual abandono. ●